

EL EXTRAÑO VIAJE

Pensé que ganaría un poco de dinero, nada más. Que gracias a esa invitación a su oficina y su propuesta, que acepté de inmediato, podría guardar unos sures en el banco. Nadie me pondría en falta por eso pero dado que luego ocurrió lo que ocurrió, alguien podría. Alguien podría cuestionar qué tenía en la cabeza cuando acepté. Porque fue un hombre —no un anciano senil ni un niño displicente— el que dijo que sí a la propuesta. Pero, si eso era verdad, también lo era que no tenía nada en la cabeza. Cuando uno no está acostumbrado a recibir algo, tampoco lo espera. Tomé la oferta por el valor que tuvo en su momento y ese solo era de orden monetario. Podrían reprocharme porque no era del todo ético lo que se me propuso, pero la ética no rondaba en mi cabeza cuando me ofrecieron el triple de lo que ganaba al mes por aventurarme a narrar un encuentro de box en vivo (era verdad que tres días antes de que ocurriera, pero ¿quién vive en un mundo ideal?). Después de treinta y siete años lo único que me pertenecía era una cama y dos mudas de ropa. No se me propuso matar a alguien; no, cuando mucho, Cordobés me pidió que estirara una verdad posible. Cuando entré a su oficina no me tragó un agujero negro, la habitación estaba iluminada por la luz de la media mañana y nadie en ella confabulaba. Luego de

dos días de lluvias torrenciales el cielo se había abierto y la ciudad lucía como un anillo de oro recién lustrado (sacado brillo con baba y contra la manga de un saco, quizá, pero reluciente de todas maneras). Esto es lo que recuerdo de ese día: la ciudad no era solo un dije sino una oportunidad servida. Salté sobre ella antes de que se me escapara. El *luego* entra en otro orden de cosas.

Cuando el director de la estación me llamó a su oficina escribía la última escena del capítulo semanal del radioteatro. No tuve tiempo de terminar la frase porque su secretaria insistió en que a Cordobés no se le hacía esperar. Sin más preámbulos que ofrecerme un asiento y un habano entró de lleno a la razón para llamarme. Me dijo que había pensado en algunas innovaciones para la programación y que yo era el hombre para llevarlas a cabo.

—Queremos expandirnos —con eso terminó.

Mientras me deshacía de mi cigarrillo, él prendió su cigarro. El cenicero se encontraba del otro lado del enorme tablero de su escritorio y como no podía tirar la colilla en el piso de su oficina, luego de haberlo apagado contra la suela del zapato, me lo guardé en el bolsillo. Eso y mi insistencia en mirarme las puntas de los dedos, sobre los que se extendía una pátina marrón que, divagué, también se prolongaba sobre el esmalte de mis dientes, daban fe de lo incómoda de la situación. No entendía hacia dónde iba la conversación. Era la primera vez que Cordobés me invitaba a su oficina; ni siquiera imaginaba que él sabía que existía. Yo no era más que un libretista sin oficina propia en sus instalaciones, apenas compartía la que tenía con la gente de prensa. Pero los milagros no dejaban de

sucedese esa mañana. Una vez que pronunció la primera frase y prendió el cigarro, sacó una botella de coñac del cajón de su escritorio.

—Quiero que cubras los reportajes deportivos de esta nueva etapa —continuó mientras tendía una copa en mi dirección.

No me dio tiempo de responder porque ya me hacía el primer encargo.

—Quiero que narres la pelea del siguiente domingo entre el *Torito* Guzmán y *Guantes de Oro* Jurado; quiero, además, que la tengas lista y redactada para el jueves.

Se me cerró la tráquea y, para no ahogarme, tuve que escupir el trago que bajaba por ella. Ver el licor de importación en el piso me encogió el corazón pero me recompose de inmediato; lo hice cuando vi que Cordobés se introducía el cigarro en la boca e inhalaba y luego se acercaba a mí como si nada hubiera ocurrido.

—Obviamente —continuó— que lo primero que ocurrirá será que tu sueldo se triplicará —acercó una silla hacia mí, hubo un silencio incómodo y luego pareció observarme con detenimiento; solo entonces me di cuenta de que hasta ese momento yo no había abierto la boca—. Somos los nuevos auspiciantes de la federación.

Al dejar la frase inconclusa, entendí que ese sería el tipo de relación que mantendríamos. No era su papel explicar, yo entendería lo que quisiera. Y entendí, desde el momento en que me tendió el habano, que no había vuelta atrás. Si salía de su oficina sin aceptar su propuesta perdería mi empleo y, si la aceptaba, me condenaría. Parecía una decisión simple pero, vista en retrospectiva, nunca lo fue.

También me dijo que debía reportarme solo con él, que dejaría de pertenecer a la nómina regular de la radio y que ni siquiera tendría que ir a la estación; lo único que tendría que hacer sería esperar sus llamados. No tenía sentido aceptar ni agradecerle, él sabía que lo haría. Cuando me levanté, me acompañó hasta la puerta, me puso una mano en el hombro y mientras daba vuelta al manubrio, me dijo que estaba seguro de que yo manejaría muy bien el encargo y que el programa sería un éxito; luego, como una apostilla sin importancia, añadió que, dadas las habilidades de *Guantes de Oro*, estaba seguro de que sería él el que ganaría el encuentro en el último asalto.

* * *

Un gran cúmulo de nubes se desplaza por las corrientes de aire y crea arabescos sobre la Plaza Belmonte pero, a la distancia, invadiendo la barrera del Pichincha, otras nubes, estas ominosas y pesadas, se ciernen sobre nosotros. Señores y señoras, la tormenta se desplaza a la velocidad de los pies de Saturnino “el Torito” Guzmán. ¿Su rapidez de ejecución será suficiente para derrocar a Soldier “Guantes de Oro” Jurado? Y, ¿esa rapidez terminará con este encuentro antes del último asalto? Eso solo lo dirán el tiempo y los cielos... pero esperen, Jurado acaba de dar un jab a la quijada del Torito que se tambalea aunque logra sujetarse de las cuerdas. El réferi interviene y sostiene a Guantes de Oro, que quiere acabar con la contienda y su adversario antes de que se desplome el cielo. Le agradecemos el gesto pero el Torito parece tener otra idea entre ceja y ceja. Algún vínculo de cercanía lo debe unir con san Pedro porque para este momento, que son las cuatro de la tarde, el agua sigue

dispuesta y amenazante pero no cae. Parecería estar a la misma espera que nosotros de que algo ocurra en el cuadrilátero. Tal vez el Torito piense que es su día y, quizá, no se equivoque.

Señoras y señores, no se entiende nada: Soldier Guantes de Oro es pura fuerza, nada de técnica, algo que a Guzmán le sobra y, aun así, lo tiene contra las cuerdas. No puede escapar. Si no sale de la esquina está perdido. Tiene que replantear su táctica ahora, frente a los cientos de concurrentes a la Plaza Belmonte, y sorprender a su contrincante con su velocidad y movimiento de cintura. Si eso no ocurre su fin está anunciado. Guantes de Oro Jurado con su boxeo embarrullado golpea el cuerpo del Torito sin ninguna misericordia. Guzmán intenta cubrirse en la esquina norte del cuadrilátero, pero Guantes de Oro le encaja varios ganchos y los remata con media docena de jabs. Pero, esperen, el Torito no se da por vencido, responde con otro gancho y ahora, dos más. Campana. ¡¡¡¡¡Campanazo!!!! Los contrincantes se desploman en sus respectivas esquinas mientras sus entrenadores les avientan aire con sus toallas, esperando revivirlos o, por lo menos, llenarlos de confianza. Si pudiera decirles unas palabras de aliento les diría que el mundo no está hecho de otra cosa que de energía y movimiento; sí: energía y movimiento y, añadiría, control. Para avanzar deben tener control. Solo así lo harán con la misma fuerza que los automotores Ford, ahora disponibles en Ecuador. No pierdan el control muchachos y el triunfo será suyo. Hoy y mañana. Eso es lo que les diría amables oyentes pero basta de consejos porque se acaba el descanso. Suena la campana y entramos al quinto asalto. Se paran Guantes de Oro y el Torito y se aproximan al centro del cuadrilátero y se abrazan y comienzan los golpes a los riñones. Escuchen esto, señores, ninguno de los dos da tregua, es increíble lo que está ocurriendo, se libran y comienza un asalto brutal. Solo es posible reponerse de tanto sobresalto tomando el Cordial de Cerebrina

del Dr. Ulrici. Guantes de Oro ataca con jabs al estómago del Torito, que se defiende con débiles ganchos que se quedan a medio formar. Jurado los devuelve con golpes secos de izquierda y los remata con un gancho ascendente y un directo de derecha pero ahora el Torito logra un espectacular retorno, tiene a Guantes de Oro contra las sogas. Esto se acaba, se acaba les digo. Todos han sido ataques del Torito, Guantes de Oro no se repone. ¡¡¡Suenan la campana!!! ¡¡¡¡¡Campana, señores!!!! Y llega con los truenos precediéndola. Estamos a instantes de que se inicie el octavo asalto. No doy uno más para que se termine esto antes del diluvio; ni uno más. Final por nocaut, les digo, no hay otra salida.

En este día lleno de sorpresas, san Modesto, en el día de su onomástico, no hace honor a su nombre. Cada uno de los pugilistas convocados al match está demostrando lo mejor de sus habilidades. Si hace pocos instantes el Torito estaba a punto de acabar con Guantes de Oro, ahora me atengo al devenir. Estamos en el décimo asalto y Soldier Jurado acaba de conectar un uppercut zurdo al mentón del Torito, que se va hacia atrás como si retrocediera en el tiempo, atrás, aún más atrás de su nacimiento, hasta que se desploma sobre la lona. Una vez abajo levanta las piernas que, como un par de ramas desfallecientes, colapsan. ¿Se podrá reponer? Esperen, su poder es espectacular, lo está haciendo, no puedo creerlo señores y señoras, qué voluntad y qué aplomo y qué control. Se levanta con gran dificultad mientras el árbitro cuenta —uno, dos, tres, cuatro—, lleva su mano enguantada a su sien y la apoya ahí —cinco, seis—, se arrodilla —siete, ocho, nueve—, se levantó señores. ¡Lo logró! La pelea se vuelve interminable, como las vías del ferrocarril de Chimbacalle para nuestro incansable Torito que no acaba de tirar la toalla. ¡Campana! Tiempo de reflexión para todos y hora de recordarles que para mejor servicio a su estimable clientela la Botica Pichincha ahora permanecerá con sus

puertas abiertas hasta las diez de la noche todos los días de la semana, incluidos feriados y domingos.

Señores y señoras, comienzan los primeros albores del chaparrón, apenas unas gotas. Nada para atribular al verdadero aficionado, nada para hacernos abandonar la que viene siendo la mejor pelea del año. Quizá la vida es una batalla, pero esta contienda es un verdadero agasajo para los sentidos. Nos acercamos al decimoprimer asalto y, si la pelea fuera a decidirse por puntos, no podría aventurarme a designar el vencedor. Esto ha sido un tome y daca constante, un ir y venir de voluntades. Nadie que salga hoy por la calle Antepara saldrá decepcionado. Los ánimos de todos los concurrentes están a la expectativa de lo que ocurrirá en los próximos minutos. Guzmán deja la iniciativa a Guantes de Oro que, en un desplante de su rival, conecta una mano y continúa con un gancho descendente mientras el Torito continúa con un jab certero pero Guantes de Oro toma distancia y le mete un gancho. El cansancio hace mella en Soldier Jurado, que sangra por la nariz y pierde velocidad. Se siente en camisa de once varas pero mantiene la compostura para aminorar la catástrofe que se le avecina. El Torito, sacando fuerzas de quién sabe qué recóndito lugar, con un juego de piernas se acerca y le da con la derecha y hace tambalear a su contrincante; remata con un gancho y, para terminar la hazaña, le lanza un jab a la quijada. Guantes de Oro responde con un débil golpe cruzado. Apenas controla su gancho. ¡Campana señores, campana!

Ahora sí, el cielo se desató, señores, y junto a él se arremolinan las últimas fuerzas de Guantes de Oro, que sale como una locomotora desde su esquina en dirección al Torito. Levanta el puño y, con toda la energía que le queda, que no es poca, lo estampa contra el rostro de su contrincante, que no tiene tiempo de esquivar el golpe. Cae hacia atrás. Pero no se puede ver nada, señores y señoras, la lluvia es tan fuerte que forma una verdadera columna de agua que nos impide ver

lo que ocurre dentro del cuadrilátero. Esperen, algo se mueve, debe ser Saturnino Guzmán que, sumando fuerzas, pretende enfrentar no solo a su contrincante sino a los elementos. Se acerca a las sogas, desde donde tenemos mejor visibilidad, y... ¡Señores, nunca he visto algo igual! El Torito no tiene nariz, su rostro es una masa amoratada de ojos y boca pero donde antes estaban sus fosas nasales, donde antes se encontraba su tabique, donde antes estaba su nariz, ahora solo se vislumbra un enorme hueco que no tiene fin.

* * *

Cuando dejó pasar la nariz colapsada y la tormenta supe que podría hacer lo que quisiera. Según me dijo, las nuevas estaciones que tenían estaban en Bolívar, Los Ríos y Tulcán, pero cualquiera que hubiera querido habría podido comprobar si realmente ocurrió lo que relaté. Alguien habría podido averiguar si no cesaron de caer sábanas de lluvia sobre la ciudad el domingo o indagar sobre la salud del *Torito* Guzmán, pero Cordobés no pareció pestañear ante esa posibilidad. Pensé, en ese momento, que sus cálculos daban por sentado que nadie dudaría de una noticia emitida por la radio, aunque también pensé que podía ser otra cosa. Quizá solo me estaba poniendo a prueba y nunca transmitió el combate. A fin de cuentas, lo que hice fue creer en su palabra o, más bien, dado que me había dado un adelanto, creí en el poder de sus billetes. Con ellos en mi bolsillo no tenía por qué haber suspicacias. O puesto de otra manera: en un mundo perfecto existían alternativas perfectas pero en éste existía lo que me ofrecía Cordobés en oposición a nada y, puesto así, prefería algo a nada.

Luego de entregarle el primer guion dejé de trabajar en la transmisión regular de la radio. No sé quién me reemplazó en la escritura del radioteatro. No tenía amigos en la estación, o sí, tenía uno, pero no trabajaba con los libretistas sino en la redacción. Pero Elías, así se llamaba el único amigo que tenía en la ciudad y que había llegado a serlo porque los dos compartimos la misma pensión a nuestra llegada a la capital, no era alguien al que echaría de menos cuando dejara de tener un trabajo de escritorio con horario fijo. Nunca sabía cuándo lo vería y cuando lo hacía, desaparecía a mi primer descuido. Desde que llegué a Quito, once años atrás, había prometido concentrar mis energías en triunfar; esa ganancia tenía un equivalente en billetes y ellos en sueños por cumplir. En esa ecuación retorcida que había aceptado como mi destino había poco espacio para la amistad. Había decidido años atrás que no tenía tiempo para confraternizar con nadie, solo tenía tiempo para hacer algo de mi vida. Y, si me había tomado una década sentarme en un escritorio en una oficina minúscula que compartía con siete personas, era solo la comprobación de que no tenía tiempo que perder. La invitación de Cordobés me hizo recordar que el mundo me debía; cuando acepté su oferta también acepté remediarlo. El único problema que veía, para lograrlo por completo, para ascender hacia un lugar inimaginable para mí hasta ese momento, era que Cordobés había insistido en que ese ascenso, el sueldo, en fin, que *nuestro arreglo*, era eso, solo *nuestro*. No podía difundirlo y, no hacerlo, equivalía a que no hubiera ocurrido. Algo había entendido en esos años, existir no es suficiente. Para hacerlo, para en realidad hacerlo hay que montarse

sobre una tarima, con cientos de bombillas encima, con miles de dedos señalando la luz y con alguien relatándolo. Yo lo había hecho con un remedio del siglo XIX y había logrado que el Cordial de Cerebrina del Dr. Ulrici se convirtiera en una novedad y cuadruplicara sus ventas. Conocía el valor de las palabras y también su fuerza. Sabía cómo utilizarlas para manipular y por eso les tenía miedo. O respeto. O algo que quedaba en algún lugar equidistante entre los dos. Por eso pensaba, equivocadamente tal vez, aunque poco importaba porque lo creía, que al dominar las palabras tendría control sobre mi vida y que, con él, tendría poder. Era, debo reconocerlo, un débil mental.

* * *

Llevaba un mes sin ver a Elías cuando lo encontré bajando por la calle. Traía una chaqueta dos tallas más grandes que él y, me pareció, menos pelo que la última vez que lo había visto. Siempre me desconcertaba verlo porque parecía mi doble: la misma frente amplia, la misma quijada puntiaguda, como un triángulo invertido. Sujetaba un cigarrillo entre el pulgar y el dedo índice e inhalaba el humo con furia. Estaba más nervioso que de costumbre, las manos le temblaban y no dejaba de mover el pie derecho mientras hablaba. Fuimos a tomar un café, pero después de la primera taza pasamos a algo más fuerte. Cuando quiso pedir aguardiente lo interrumpí y le dije que yo invitaba y pedí dos whiskies. Lo que quería contarme desde que nos encontramos se lo guardó hasta averiguar qué me ocurría y, sobre

todo, hasta ponerse al día de cómo había obtenido el dinero suficiente para pagar esos whiskies.

—¿En qué te metiste? —siguió moviendo el pie debajo del tablero de la mesa.

Vaya con las sutilezas. Le conté de Cordobés y las nuevas estaciones de la radio, también le conté del encuentro de box y la desaparición de la nariz del “Torito” Guzmán. Elías me escuchó sin decir nada, terminó lo que quedaba en su vaso y luego pidió dos más, esta vez de aguardiente, y pagó él.

Si existieran otras estaciones, lo sabría. Tengo un amigo que trabaja en las antenas —me miró y solo después de vaciar el segundo vaso retomó la conversación—. Si fuera tú, pelaría el ojo. ¿A cuento de qué te señaló Cordobés como su cómplice?

* * *

No le presté demasiada atención porque con el dinero de Cordobés había borrado cualquier rezago de culpa que pude tener mientras escribía el libreto, pero eso no quitaba que me sobrara tiempo para pensar y, era tanto, que pasaba la mayor parte del día mirando por la ventana y divagando. Esa mañana me encontraba tratando de dilucidar por qué mantenía un vínculo de amistad con Elías si, a fin de cuentas, siempre me hacía sentir mal. Era demasiado recto mientras yo prefería las sendas zigzagueantes. Tal vez era eso, tenerlo como referente era una manera de mantener un salvavidas a mano, o quizá solo me caía bien y me gustaba beber con él. Tampoco me preocupaba demasiado; el

día estaba soleado y fui a la cocina a buscar una cerveza. Cuando regresé vi el gato y de inmediato pensé en Alcaraz; si hubiera estado ocupado en algo útil, de eso estaba seguro, nunca lo habría hecho, pero no tenía nada que hacer y por eso hacía libre asociación con cualquier idiotez que me cruzara por la cabeza. El felino cayó a la calle desde un techo de zinc. No fue un aterrizaje grácil ni pareció un gato el que cayó desparramado sobre el adoquinado. Casi pude escuchar el *pum* de su caída antes de verlo escapar calle abajo. Fue ese sonido, más que el gato, lo que me trajo a la cabeza a Alcaraz; alguien en quien no pensaba en años. Me pareció curioso que hubiera aflorado su imagen con tanta facilidad pero, una vez ahí, no dudé en reconocer que lo habría querido en ese instante en mi casa. Era el único que habría podido entender lo que sentía; si lo hubiera escuchado cuando lo conocí, tal vez para esta fecha no habría sido un escritor fantasma pendiente de los caprichos de su empleador, sino que tendría mi propia estación. Pero, cuando lo conocí, solo pude ver a un charlatán muerto de hambre. Porque cuando llegó, cuatro años atrás, a buscar al director de programación de la radio, me dejó guiar por las bastas de su pantalón deshilachado, los raídos puños de su traje y los trozos de periódico que cubrían los huecos en las suelas de sus zapatos. También me detuve en los tacos de esos zapatos, que lo elevaban por lo menos cuatro centímetros sobre el suelo; con ellos lograba insertarse de este lado de la humanidad, lejos de los enanos. Ese día esperó toda la mañana y parte de la tarde a que lo recibiera Cordobés, a pesar de que su secretaria le comunicó varias veces a lo largo del día que no lo haría. A las cinco de la tarde,

más gastado por el cansancio de la espera y el hambre que desilusionado porque no lo hubieran recibido, se paró y se fue. No sé por qué fui tras él, pero ya había terminado por el día y la terquedad del hombre había despertado mi curiosidad, al igual que sus ojos de desequilibrado. Caminaba encorvado, como lo haría un anarquista con una bomba bajo el saco. No podía imaginar qué hacía en Quito, porque no era ecuatoriano, aunque no logré reconocer su acento. Antes de que oscureciera llegó al Mercado Central; continué siguiéndolo cuando bajó por los corredores y pude observar cómo robaba y guardaba dos naranjas y cuatro plátanos en los bolsillos de su traje. Cuando estaba por meter la mano en un tacho de basura que quedaba a un costado de la sección de comidas, le toqué el hombro. No se sobresaltó y fui yo, y no él, el que intentó justificar su presencia en ese corredor oscuro. Le dije que lo había reconocido de la radio y que sería un honor invitarlo a cenar. Me tomó del brazo y me preguntó a dónde nos dirigíamos. Me excusé y le dije que mi salario solo me permitía convidarlo a algo en el sitio donde nos encontrábamos. Hizo alarde de aceptar mi pobre oferta con un gesto magnánimo. Comió tres platos de hornado con mote sin levantar la cabeza y terminó durmiendo en mi casa una semana. Recién al cuarto día de comer mi comida y dormir en mi sala, me habló del guion que quiso venderle a Cordobés. Solo lo hizo porque pensó que podría servirle de intermediario. Se llevó una gran decepción cuando supo que no conocía al director personalmente, casi tanto como cuando mencionó a Orson Welles y yo ni siquiera pestañee; cuando no reaccioné, me insultó. No le importó que pudiera echarlo

de mi casa. Lo menos que me dijo fue ignorante y que no merecía llamarme libretista si no sabía de las hazañas de Welles. Terminó mentándome la madre. Luego de intentar matarme con la mirada (no logró gran cosa), añadió que si no sabía lo que había hecho Welles en el treinta y ocho debía renunciar a mi puesto. Para ese momento, luego de cuatro días de conocerlo a él y sus exabruptos, lo dejé hablando en la sala mientras aplacaba sus demonios solo y fui a la cocina a preparar el café de la tarde que, estaba seguro, compartiría conmigo. Cuando volvió a mi cabeza, después de ver el gato, pensé que en realidad no era el fracasado que en un momento acogí en mi casa sino un manipulador al que no seguían los problemas sino que era él el que los creaba para luego sostenerlos como una zana-horia frente a los incautos que quería convocar para sus causas. En esos siete días que convivimos lo escuché urdir innumerables planes que nos convertirían en magnates de la radiodifusión. Todas sus empresas me involucraban. Y aunque no hacía más que escucharlo, no sabía qué creer y de qué dudar. Sus argumentos seguían una lógica implacable hasta que uno concentraba la mirada en su boca de labios finos que siempre tenían una reserva de saliva seca sujetándole las comisuras. Mientras hablaba, y no dejaba de hacerlo, porque parecía excitarse con el sonido de su propia voz, no paraba de armar castillos en el aire. Pero ¿quién podía tomarlo en serio? Tenía una voz aflautada y fina y, sin embargo, según él, el primer paso que lo conduciría por un largo camino de éxitos sería una academia de locución que montaríamos en la estación. Sus planes destilaban ese espíritu de camaradería que, estaba seguro,

terminarían con una estocada en la espalda cuando comenzaran a trastabillar o con una palmada de despedida si llegaran a funcionar. Nunca supe qué hacía durante el día. Luego de acompañarme al café de la mañana salía, según decía, a finiquitar los contratos que estaba a punto de sellar. Esos acuerdos involucraban, por lo general, a las más altas autoridades de la ciudad. De noche me relataba sus avances y, a veces, lograba quebrar mi idea de que era un timador cuando mencionaba los nombres correctos o describía a la perfección los salones donde se había reunido con ciertos ministros. Si no hubiera tenido ese cabello grasoso y ralo y su única camisa no hubiera estado impresa con un sello impenetrable de sebo alrededor del cuello, hasta le habría creído cuando me contó que se había acostado con la esposa del ministro de Defensa. Porque, cuando no hablaba de negocios, lo hacía con obsesión de sus conquistas amorosas. La última vez que me lo dijo me reí en su cara de gnomo sucio mientras bebíamos la última botella de aguardiente que había sobrevivido a su visita. Pero me llegué a arrepentir; la última imagen que guardo de él es la de su espalda mientras saltaba en calzoncillos por la ventana de mi casa cuando un grupo de militares derribó la puerta y le apuntó cinco cañones a la cara. Luego vino el *pum*, como cuando el gato. Solo lo querían amedrentar porque pudo volar en mil tiritas en mi sala y no lo hizo. Cuando se fueron y antes de que intentara regresar, tiré su pantalón y zapatos por la ventana. Nunca volvió y debió de llevarse un buen susto porque no regresó a buscar el guion de *La guerra de los mundos* con el que solía dormir abrazado y que era, en realidad, a lo único a lo que de verdad le tenía fe.

Cuando recordé todo eso fui a buscar el guion y, como no tenía nada mejor que hacer, me dediqué a ojearlo mientras esperaba la siguiente llamada de Cordobés.

* * *

La cuarta vez que fui a cobrar mi cheque a la estación, sin haber hecho nada para ganármelo y aún a la espera de un nuevo encargo, Cordobés me llamó a su oficina. Esta vez no sacó cigarros ni me ofreció licores extranjeros; solo me sentó frente a él y luego de mirarme con desprecio me preguntó si apreciaba ser un gusano. No entendí a qué se refería.

—¿Cuánto tiempo piensas no hacer nada? —me dijo.

Seguía sin entender; él me había dicho que estuviera atento a sus órdenes. No me había pedido que preparara un plan.

—No eres imprescindible; lo sabes, ¿no? —continuó—. Ahora mismo podría encontrar a otros tres para que hagan lo que tú haces, o sea, nada y a mucho menor precio.

Luego se calló y me miró y volvieron Alcaraz y su guion a mi cabeza y, sin titubear, lancé un balde de humo en su dirección.

—Podríamos montar *La guerra de los mundos* —levantó los ojos y me miró, pero como no dijo nada, continué—. Sería un éxito —siguió el silencio—, subiría la sintonía de la estación.

—No necesitamos subir la sintonía —me respondió.

Abrió su cajón y se sirvió un trago, no me brindó uno.

—Haría historia —continuó.

— ¿Qué me puede importar? Dime qué ganaría con hacerla.

—Más auspiciantes —le dije y eso sí le llamó la atención.

O, por lo menos, eso le quitó la sed porque dejó su trago a un lado y me señaló con la mano para que continuara. Improvisé sobre un montón de basura o, más bien, repetí todo lo que Alcaraz me había contado las noches que bebíamos hasta el amanecer. Y, contra todo lo que uno podría imaginar, Cordobés estuvo de acuerdo en cada detalle. El número de actores, el presupuesto, mi dirección, el tiempo de preparación, el secretismo que tendría que envolver el proyecto y, solo en ese último punto, pidió estar involucrado. Me dijo que él mismo redactaría una cláusula de confidencialidad para que nadie que llegara a formar parte del equipo lo traicionara. Esa fue la palabra que utilizó y solo porque era desmedida en relación con algo que acababa de inventar sobre la marcha, me llamó la atención. Tal vez eso debió hacer sonar una alarma pero no lo hizo. Pasó un mes en el que no dormí más de tres horas adaptando el guion a la realidad ecuatoriana, buscando a los actores, trabajando sobre la música, contactando a los auspiciantes. Y nada fue fácil, siempre aparecía alguna complicación. Cuando por fin tuve el equipo completo trabajando contra reloj, uno de los locutores, el que hacía la voz del arzobispo de Quito, desapareció por tres días. Al cuarto fui yo mismo a buscarlo. Era demasiado tarde para buscar un reemplazo y solo logré convencerlo de que volviera flexibilizando sus horarios; después de la historia que me contó, no pude hacer otra cosa: de regreso a casa, una de las noches en las que trabajamos hasta la madrugada, encontró a una mujer tirada en la calle. Había sido ultrajada y se encontraba inconsciente. La levantó, la llevó a su departamento y llamó

a un médico amigo. Luego de hacer algunas averiguaciones entre sus contactos en la policía averiguó que nadie la buscaba y decidió responsabilizarse de ella. Su problema no fue excepcional, complicaciones como esa surgían a diario y tenía que solucionarlas.

Lo peor fue conseguir auspiciantes; programar el aterrizaje marciano fue un respiro al lado de eso. Nadie había escuchado de Welles ni oído sobre sus marcianos y todos a los que me acercaba me tomaban por un loco. Todos menos Cordobés, que era, a fin de cuentas, el único que importaba. Logré todo lo que me propuse. Hasta conseguí que la bebida Orangine, con la ayuda de una llamada del director, se interesara por el proyecto. Cuando lo logré, me convencí de mi propia valía. Llegué a creer que organizaba la mayor hazaña de la radio nacional (pero atrás, en algún recóndito lugar de mi atrofiado cerebro, sabía que también orquestaba el mayor timo de la locución ecuatoriana y que la idea ni siquiera era mía. Que lo único que había hecho era robarla). Pero eso no medró mi entusiasmo ni atrofió mi ego. Creía en mi genialidad.

* * *

Una madrugada, arrastrado por un insomnio que no dejaba de crecer mientras se acercaba la fecha de la transmisión, salí a caminar y encontré a Elías en una fonda de mala muerte en las cercanías de la avenida 24 de Mayo. Tenía tan mal aspecto como yo y, una vez que me acerqué, di por hecho que cargaba una rata muerta en el bolsillo de su chaqueta. Me dijo que llevaba varios días sin poder entrar a su

casa. Que la última vez que fue a cambiarse de ropa y descansar, escapó por un pelo de que lo mataran. No me sorprendí, sonaba a una de las tantas historias que le había escuchado a lo largo de los años. Solo que esta vez, debía reconocerlo, se lo veía demacrado y, si era posible, con todavía menos pelo que la última vez que lo había visto. Me dijo que estaba cansado de guardar la gran primicia que, le había dicho su editor, lo llevaría a la gloria. Sin levantar la mirada del tablero de la mesa masculló que no le interesaba morir para acceder a ella y que, al paso que iba, en lo que terminaría sería en un panteón y no precisamente de héroes. Me pidió un cigarrillo, vació el aguardiente que tenía enfrente y comenzó a hablar, como si al hacerlo alejara el peligro real o imaginario que lo tenía metido en el fondo de ese vaso que acababa de empujar a un costado. No pareció tomarme en cuenta; hablaba con la intención de desahogarse porque, si no lo hacía, sería él el que aventajaría a los que querían acertarle un tiro en la sien. Me contó que cuando le dieron su último encargo el trabajo le había parecido rutinario. El plan de relleno de la ciudad era un hecho y debía entrevistar a la gente que se vería obligada a abandonar sus viviendas en las quebradas porque el nuevo trazado de las calles pasaría sobre ellas. Pero que una vez que había entrevistado a media docena de familias se dio cuenta de que aparecía un patrón, que algo distorsionaba esa noticia poco noticiosa a la que su editor no le daría más que un cuadro en la tercera sección: el desalojo de un grupo de familias que ni siquiera contaba con documentos legales sobre ellas. Solo que todas esas familias hablaban de una persona que apareció dos semanas antes de la notificación

oficial. Contaron que el hombre que llegó les ofreció dinero, una piltrafa pero dinero a fin de cuentas, a cambio de su firma en un documento en blanco. Esa persona les habló del desalojo y les ofreció dinero en efectivo a cambio de la información que les daba. Todos firmaron o colocaron su huella sobre el papel luego de que recitaron sus nombres; todos, también, recibieron los billetes de baja denominación que les entregaron y comenzaron a pensar a dónde se mudarían. Les pareció extraño, pero todo lo que los involucraba con documentos lo era. No entendían para qué los sacaban de esas tierras que, con cada aguacero, descendían un poco más hacia el abismo. Nadie más que ellos, que no tenían nada, estaría dispuesto a construir su vivienda sobre esas laderas, pero no lo dijeron en voz alta. ¿Qué ganarían con ello? Cuando llegó el intendente a informarles que los desalojarían no los tomó por sorpresa ni exigieron tiempo para empacar sus pertenencias; tomaron los bultos que ya habían atado y se fueron al sur de la ciudad, donde Quito dejaba de tener ese nombre. Estaba seguro de que ese era solo el inicio del relato, pero el ánimo de Elías comenzaba a despeñarse por falta de licor; cuando pedí otra botella de lo que fuera que tomaba, se reanimó. Me contó que fue al Registro de la Propiedad y encontró más de sesenta y cinco reclamos de tierra legalmente procesados y aceptados en la última semana. Todos eran de las tierras de las quebradas. Le sorprendió la celeridad del trámite, pero una vez que vio el nombre del nuevo propietario entendió la eficiencia de los funcionarios. No llevaba más de quince años en ese negocio para sorprenderse de nada. Junto a la licencia para ejercer de periodista debieron colgarle en el pecho una medalla al

cinismo. Era la única manera en que lograba sobrellevar su trabajo, eso y la media botella de aguardiente que tomaba al día. Pero no fue lo que me dijo. Lo que me dijo fue que todas las tierras, las que habían estado habitadas y las que se habían comprado en las últimas semanas, estaban ahora a nombre del actual alcalde de la ciudad, Arnulfo Baca. Su siguiente paso fue entrevistar al alcalde. En ese punto lo tomé del brazo y le pregunté si quería que lo mataran. Me dijo que no, que no todavía. No confrontó al alcalde ni le dijo nada sobre lo que había averiguado; la entrevista que tuvo se centró en el nuevo plan vial. Elías tomó nota de todo lo que le dijo el alcalde sobre la necesidad de rellenar las quebradas por problemas de salubridad y para la construcción de vías modernas para la ciudad, y también le preguntó que por qué no ampliaban y mejoraban las calles ya existentes y se olvidaban del plan de relleno que, a todas luces, no traería grandes beneficios y sí, en cambio, significaría un enorme gasto para las arcas municipales. Baca entonces disertó, como si la vida se le fuera en ello, sobre todos los beneficios que acarrearían los rellenos e instó al periodista a no oponerse a la modernización de la capital. Para terminar, le dijo que la alcaldía no pensaba perjudicar a nadie y que el concejo municipal había votado a favor de no expropiar las tierras sino de pagarlas al mejor precio del mercado. Lo tenía. Felicité a Elías. Con esa nota, con lo que significaría en su carrera, los pocos medios que existían en la ciudad se pelearían por él. Me dijo que esa nota sería tan buena para su carrera como lo sería para un pájaro volar dentro de un cuarto sin ventanas. No le entendí. Continuó con el relato pero, antes de eso, vació un tercer y un cuarto

vaso; me dijo que volvió con la nota al periódico pero que no pudo hablar con su editor porque se encontraba fuera y, dada la importancia de la noticia, buscó al director del diario. No lo encontró. La única persona que estaba libre esa tarde era el subdirector del periódico, también encargado de supervisar las operaciones de la radio. No le importó a Elías. Lo único que necesitaba era una autorización para detener la prensa y rearmar el titular del día siguiente. El subdirector era Cordobés, mi Cordobés. Se sentó frente a él y le explicó lo que había descubierto; también le dijo que tenía la nota redactada y lista para ir a imprenta. Cuando me lo contó, tomó el tablero de la mesa y se golpeó la frente contra el filo. Lo tuve que parar pero para entonces ya tenía abierta una herida y un hilo de sangre oscura y espesa le descendía desde la ceja hasta la mejilla y, de allí, al centro del mentón. Tomé mi pañuelo, lo empapé en aguardiente y luego cubrí la herida ejerciendo presión. Mientras lo hacía, Elías apoyó la cabeza en mi pecho y se quedó dormido. ¿Quién sabe cuántos días no había logrado conciliar el sueño? Era cerca del amanecer y no podía dejarlo abandonado en ese lugar. Lo tomé de la cintura y, al levantarlo para cruzar uno de sus brazos sobre mi hombro, reavivé el tufo a animal descompuesto que se había acorazado en alguna cavidad de su cuerpo. Cuando salimos a la calle caía una lluvia fina que descendía como neblina sobre la ciudad. Tuve que parar varias veces en el trayecto para limpiar las lunas de mis lentes con los dedos y, solo cuando logré apoyar a Elías contra una pared y retiré los marcos para frotar los vidrios contra mi camisa, pude, por fin, distinguir algo más que siluetas. Cuando llegamos

a mi casa, estiré a Elías sobre el sofá y yo me derrumbé sobre la cama.

* * *

Cuando me levanté, Elías había desaparecido y yo tenía menos de dos días para terminar los preparativos del desembarco marciano. Me despreocupé de lo que había escuchado y que, a fin de cuentas, no me incumbía y fui a la estación sin avisar que lo haría. Llegué a la oficina de Cordobés y, como su secretaria no estaba, me dirigí a su puerta, pero cuando estaba a punto de tocar, me detuve porque reconocí la voz que escuché. No sé cuánto tiempo permanecí parado ahí. Solo recuerdo que salté cuando la secretaria de Cordobés me tocó el hombro y me preguntó si me anunciaba. Cuando lo hizo, me di media vuelta y corrí. No paré de hacerlo hasta que llegué al tranvía y me subí en dirección al sur. En todo el trayecto no dejé de pensar que era un imbécil y que era imposible que no me hubiera dado cuenta antes. Bajé en la última parada y caminé sin rumbo hasta que comenzó a oscurecer. Luego hice el largo trayecto de regreso a pie, dando vueltas sobre lo mismo en mi cabeza. No corrí apenas escuché la voz porque quería estar seguro, no quería tener ninguna duda sobre eso. Alcaraz estaba en la oficina y hablaba con la persona que me había contratado por mi insuperable genialidad. La persona que había aceptado cada petición absurda que le hice. Durante el trayecto de regreso un hueco no dejó de crecerme en el estómago. ¿Desde cuándo trabajaban juntos? ¿Cuándo decidieron que era un peón útil? ¿Por qué me necesitaban?

¿Dejó el guion a propósito en mi casa? ¿Por qué esperaron tanto tiempo? Era obvio que no iba a llegar a ninguna conclusión. No recuerdo cómo regresé a casa, ni a qué hora, ni cómo dormí con todo ese caldo apestoso descomponiéndose dentro de mi cerebro. Pero dormí mal y al día siguiente desperté cerca del mediodía con un martilleo de baja intensidad en la cabeza. No le presté atención hasta que también escuché gritos y descubrí que el martilleo venía de la calle. Era un recadero que aporreaba mi puerta y que me traía una nota de Cordobés. Muy escueta, muy diplomática, muy al grano. Me pedía firmar un documento y me decía que de allí en adelante él tomaría el control del radioteatro y que, si firmaba el papel, podría ir a retirar mi liquidación. Estaba demasiado aturdido para discutir; además, el muchacho me dijo que no se iría hasta que firmara el documento, así que lo hice. Sabía que estaba enterrado hasta el cuello y que el documento no podría empeorar las cosas; quizá, sí, legalizarlas. Firmé sin leer, me quedé con una copia y volví a la cama. Cuando desperté, y luego de beber dos tazas de café, leí lo que había firmado y entendí que había autorizado mi propia defunción. El documento decía que yo era el único responsable y creador del radioteatro que saldría al aire en un día. Ni siquiera tenía derecho a protestar. Me vestí y fui a cobrar mi dinero; total, había entrado a ese juego por él. Por lo menos quería tener un fajo abultando mis pantalones cuando mi vida desapareciera. Cordobés no me recibió pero su secretaria me entregó un sobre. Con él en las manos, subí a las instalaciones de la radio. No entré, pero vi a Alcaraz dando instrucciones a mis locutores. Me quedé parado en el corredor

buena parte de la tarde hasta que tuvieron un descanso; cuando Alcaraz salió a fumar, su mirada me atravesó. Solo entonces me fui; había sembrado viento, nada más justo que me convirtiera en él.

* * *

Me dirigí al Registro de la Propiedad. Tal vez si averiguaba algo más sobre las quebradas entendería el interés de Cordobés en silenciar a Elías porque, aunque él no hubiera terminado su relato, la nota de la que me habló nunca salió en el periódico. No lo hacía solo para ayudar a mi amigo sino porque Cordobés tendría que estar escondiendo algo más grande. ¿Por qué, si no, se arriesgaría en tapar el negociado de tierras? Y eso, alcanzaba a suponer, tendría algo que ver con la repentina reaparición de Alcaraz y mi despido. Comprobé que se habían levantado las demandas de tierras y que esas tierras ahora le pertenecían al alcalde Baca. A continuación fui a las oficinas de emisión de radiofrecuencias. Pedí al encargado los documentos de las estaciones de la ciudad. Había una, la 104.2, de reciente creación, que estaba registrada bajo los nombres de los socios Cordobés y Baca. De mi jefe y del alcalde de la ciudad.

* * *

Señoras y señores, interrumpimos nuestra programación habitual para leerles un cable urgente que acaba de llegar a nuestros estudios. Hace pocos instantes se reportó que en las inmediaciones

de Latacunga una ráfaga cegadora de color azul cruzó el cielo a gran velocidad. Lo hizo con tanta fuerza que parecía que la hubiera disparado un descomunal rifle de largo alcance. Les seguiremos informando pero por ahora les dejamos con nuestro programa habitual de música nocturna patrocinado por la refrescante bebida Orangine. “Yo tengo en el alma una amargura / dolorosa espina que me mata / y es que tu recuerdo / me tortura / Vuelve, vuelve amada mía / para poner fin a mi tormento...” Señores y señoras, interrumpimos nuevamente con una noticia alarmante, la ciudad de Latacunga ha sido arrasada. Acaba de desaparecer bajo una nube de humo y fuego. Fue atacada hace pocos instantes por una flotilla de naves voladoras que emitían rayos potentes y altamente destructivos. Nuestras fuentes nos informan que se dirigen a Quito. ¡Atención! Volvemos a repetir, se dirigen a Quito. Dada la gravedad de la noticia, seguiremos al aire para mantenerlos informados.

Cuando llegó la segunda interrupción (luego de que el locutor contara que la ciudad de Latacunga había desaparecido bajo una lluvia de fuego), varias ventanas se abrieron y algunas cabezas salieron y miraron al cielo. Nadie las volvió a cerrar. El efecto de cientos de radios sintonizados en la misma estación, al volumen más alto, creó un efecto extraño. Casi se podía ver la ola expansiva crecer.

Señoras y señores, me acaban de entregar una nota de nuestro corresponsal en la población de Sangolquí. Amables radioescuchas, nos informan que por lo menos cuarenta personas, incluyendo seis policías de la zona, yacen muertas en los pastizales al este de la ciudad, sus cuerpos quemados y deformados a tal grado que es imposible reconocerlos. Estos

macabros y alarmantes eventos, tanto los de Latacunga como los de Sangolquí, tienen que estar relacionados con los reportes emitidos esta tarde por el Observatorio de Mount Jennings en Chicago, Estados Unidos. El informe confirmaba varias explosiones de gas incandescente que ocurrieron a intervalos intermitentes sobre la superficie de Marte. Los reportes de esta tarde, a los que no prestamos mayor atención, señalaban que la lectura del espectroscopio marcaba máximas alarmantes de hidrógeno; también señalaban que bolas de fuego, provenientes de esas explosiones, se acercaban a la Tierra a gran velocidad. Señoras y señores, imagínense cuál será su velocidad si esto ocurrió esta tarde en Marte, que se encuentra a cuarenta millones de millas de la Tierra. Pedimos a alguien de los estudios que haga los cálculos en kilómetros pero, aún sin saberlo, les aseguro que son muchos, señoras y señores; demasiados para imaginar que las naves que destruyeron Latacunga sean marcianas, pero por lo pronto es lo único que podemos conjeturar. Lo realmente alarmante es que esas naves vienen hacia la capital. No debería sorprendernos, es conocida la fuerza magnética de la mitad del mundo. Si un ataque extraterrestre debía llegar, sería lógico que fuera en Ecuador y parece que eso es lo que está ocurriendo.

Cuando el periodista leyó el comunicado enviado desde Sangolquí, vi a una mujer en la ventana de enfrente desmayarse. Sangolquí estaba al lado de la capital; la gente iba allí de fin de semana. Si las naves que habían pasado por Cotopaxi hacía segundos ya estaban en Sangolquí, llegarían a Quito dentro de nada.

Estamos a la espera de contactarnos con alguna autoridad civil o militar para que nos informe sobre lo que está ocurriendo y cómo debería

reaccionar la población. No descuiden nuestra sintonía, pues la información de última hora solo la encontrarán en esta emisora. ¡Atención, señoras y señores! Me acaban de entregar un comunicado oficial de la Base Aérea Mariscal Sucre en Cotocollao que señala que varios objetos no identificados han descendido sobre la pista del aeropuerto. En pocos instantes comenzaremos a recibir informes en vivo. Seguimos, mientras tanto, intentando comunicarnos con alguna autoridad para que haga una declaración pública a través de este medio... Sí, sí, le escuchamos... Buenas noches, estamos aquí, en las afueras de la Base Aérea de Cotocollao donde se ha reunido un buen número de vecinos que han escuchado nuestra transmisión y algunas patrullas de la policía. El Batallón Vencedores se encuentra íntegramente presente y se nos ha informado extraoficialmente que varios tanques militares se acercan a la base. No sabemos, aún, en qué números... Perdone que interrumpa su informe, estimado Jorge, pero ¿qué puede ver?... Amables escuchas, lo único que podemos distinguir son unas enormes perforaciones en el suelo y en sus alrededores hierba chamuscada. Dentro de esos cráteres se encuentran varios objetos de forma cilíndrica; cada uno debe medir cerca de veinte metros, para que se hagan una idea de las proporciones y de lo escalofriante de su presencia; cada uno —y son varios— tiene el tamaño de una cancha de fútbol de salón. Brillan de una manera extraña y tienen un color lechoso. Los curiosos comienzan a empujar el cordón policial para acercarse y, al hacerlo, tapan nuestra línea de visión. ¿Se podría hacer a un lado? Por favor. Sí, gracias. Mientras la policía trata de establecer algún tipo de control, tengo a mi lado a un vecino de la zona, al señor Quintero, que tal vez nos pueda proporcionar alguna información vital.

Cuando comenzó el informe desde el aeropuerto en Cotocollao y la voz del locutor cambió a la del hombre

que daba las noticias matutinas vi, a través de mi ventana, cómo la gente se acercaba a sus aparatos. Era una voz en la que confiaban, una voz que, pensaban, les traería alivio. No voy a negar que lo disfrutaba: la gente caía en mi trampa. Aunque yo hubiera caído en otra. Estaba sonriendo y continuaba escuchando solo para poder palmearme el hombro. Lo había logrado, lo estaba logrando. Eran mis palabras las que tenían presa a la ciudad.

Señor Quintero, ¿puede por favor contarnos qué ocurrió hace unos instantes?... Pues, escuchaba la radio... Acérquese más y suba la voz, por favor... Perdón... Sí, verá, le decía que me había servido un traguito... Sí, sí, señor Quintero, pero ¿qué ocurrió?... A eso iba, estaba con mi traguito frente a la radio... Sí y entonces, ¿qué vio?... No, primero escuché algo... ¿Qué escuchó?... Un sonido, cómo le diré, como el que hace una serpiente... ¿Una serpiente?... Sí, sí, así, sssssssssssssssssssss... ¿Como una llanta que se desinfla?... Nunca he escuchado una llanta que se desinfla... Bueno, nos decía señor Quintero, escuchó eso y después, ¿qué?... Miré por la ventana y pensé que estaba soñando despierto: vi una luz azul pero echaba chispas y volaba por el cielo... ¿Y?... ¡Boooooom! Se estrelló aquí, fue tan fuerte el impacto que me lanzó contra la pared y se rompió el vaso que tenía en la mano, en el que me había servido mi traguito... ¿Se asustó, señor Quintero?... ¿Qué le diré?... Le agradecemos mucho, gracias, gracias... ¿No quiere que le cuente más?... No, no, con eso es suficiente. Señoras y señores, quisiera poder describir lo que está ocurriendo, ya llegaron los tanques y han seguido acercándose más vecinos de la zona. La policía no puede con ellos, algunos caminan hacia los objetos y tratan de tocarlos. Pero hay algo más, algo que no he mencionado debido a la confusión que reina aquí. Es un sonido, tal vez alguno de ustedes

lo pueda distinguir, ha ido aumentando en intensidad desde que comenzamos la transmisión. ¿Lo pueden escuchar? Es un murmullo que crece y se expande, parece que desde el centro de la tierra. Voy a acercar el micrófono. Ahora... estamos a treinta metros. ¿Lo pueden oír? ¡Un momento! Algo está pasando. Señoras y señores, está ocurriendo algo completamente fuera de lo usual. La parte superior comienza a dar vueltas, como si fuera un tornillo; el objeto debe ser hueco en el centro.

Cuando reconocí el ruido de un frasco con tapa de lata desenroscándose dentro de un balde (era el efecto acordado para el momento en que se abriría la tapa del primer platillo volador), miré a la calle y el panorama de hacía menos de diez minutos se había transformado por completo y no pude creer lo que veía; sentí cómo el rostro se me derretía y caía como cera hacia el pavimento. La calle se había convertido en un río desbordado por donde cientos de salmones intentaban trepar a contracorriente hacia su salvación. Mujeres y niños somnolientos arrastraban bultos, canastas y maletas mal cerradas por las escalinatas de la calle Esmeraldas hacia el Pichincha, en dirección a las entrañas del volcán donde, protegidos por la oscuridad, quizá podrían escapar del ataque extraterrestre. Descendiendo por el mismo cauce, hacia los límites de la ciudad, donde terminaba el alumbrado, marchaban hombres armados con palos, antorchas y rifles; iban, no era difícil imaginarlo, rumbo a su muerte. Esos rostros, los de esos hombres, estaban cruzados por la resignación. Había sido un estúpido al no adelantar la jugada en la cabeza; si lo hubiera hecho habría sabido cuáles piezas avanzarían sobre el tablero y cuáles

permanecerían en él hasta dar el jaque mate. Solo ahora lo veía y al hacerlo no podía dejar de deslumbrarme: era tan claro y magnífico. Cordobés lo había hecho, había preparado el tablero meses atrás, sabiendo antes que yo cuáles serían mis movimientos, y lo había planificado para que, en el momento del aterrizaje, el jaque fuera contra la estación. Así la suya, la que tenía con el alcalde, despegaría una vez que eliminara su única competencia real. La más importante de la capital. Porque cuando ocurriera lo que iba a ocurrir, la ciudad dejaría de creer una sola noticia salida de los micrófonos de la estación que transmitió el aterrizaje extraterrestre. Cordobés contaba con algo más que la verdad, contaba con el placer que da escuchar los nudillos de los poderosos tronchándose al caer. No solo acabaría con la estación, también lo haría con el periódico. Aunque llegara a salir la nota de Elías, aunque se hiciera la denuncia, no importaría. El alcalde tendría su proyecto y, dentro de poco, guardaría un delgado y discreto cheque en el bolsillo interior de su chaqueta, entregado por la ciudad que gobernaba, por las tierras que ahora le pertenecían. Además, tendría una estación de radio que transmitiría sus logros por si alguien tuviera dudas. Cordobés se encargaría de eso.

Va cambiando de color, está tan rojo como una olla sobre la candela viva. Señoras y señores, esto es lo más terrorífico que he presenciado en mi vida, la tapa ya se ha desprendido y desde adentro sale algo... o alguien... Puedo ver dos esferas luminosas que escudriñan el horizonte desde ese hueco oscuro... ¿Serán ojos? Puede ser un rostro. Se escuchan gritos y lamentos de la gente a mi alrededor, no

es para menos, señoras y señores. Tenemos que ponernos en las manos de Dios, algo escurridizo comienza a salir de entre las sombras; parece una enorme culebra gris. O varias culebras. O tentáculos. Puedo ver el cuerpo de esa cosa. Es grande, tan grande como un oso y brilla como cuero mojado. Pero su cara, es... señoras y señores, indescriptible. Casi no puedo mirarla por el horror que produce. Sus ojos son amarillos y brillan como los de una cobra; su boca tiene la forma de una letra V y por ella desciende una larga corriente de saliva. Sus labios no tienen contornos y tiemblan. Pero no se mueve, tal vez sea la atmósfera terrestre lo que le impide hacerlo. Pero me adelanto, ahora lo hace. Y la gente comienza a moverse hacia atrás, algunos corren para alejarse; nosotros, sin embargo, nos quedamos firmes en nuestros puestos, como es nuestro deber, para informarles. Seguiremos aquí mientras podamos. Los militares se acercan, algunos dentro de sus tanques. Esperen, algo ocurre. La figura se endereza y levanta algo que desde donde nos encontramos parece un espejo reflector. ¡Una llama está cruzando en dirección a los tanques! Dios mío, no puedo creerlo. Los soldados se incendian como figuras de papel. No puedo formar palabras para describirlo pero los gritos a mi alrededor deberían alertarlos. Todo el campo frente al cilindro se encuentra en llamas. Se prenden los tanques de gasolina de los automóviles, los árboles, cuatro muertos a diez metros de donde estoy... Grrzzfjkkkkkk... Señoras y señores, estamos nuevamente en estudios. Debido a circunstancias fuera de nuestro control no podemos seguir con la transmisión en vivo desde Cotacollao. Pasamos ahora a una transmisión desde el Ministerio de Defensa... Ciudadanos de Quito, les habla el ministro de Defensa de la República del Ecuador. Me dirijo a ustedes en estos momentos de gran consternación para pedirles que mantengan la calma, pues necesitamos su ayuda para organizar la defensa y evacuación de la ciudad. Pido, a su vez, a las fuerzas del

orden, con las que hemos perdido contacto, que se acerquen a la base aérea para reforzar a los batallones que ya se encuentran defendiendo la entrada a la ciudad... Grrzzfjkkkkkk... Interrumpimos esta transmisión para volver a estudios, donde se encuentra el alcalde... Pueblo de Quito, contamos con ustedes para la defensa de la capital. Pido que los hombres actúen contra el invasor... Grrzzfjkkkkkk... A continuación un comunicado del arzobispo de Quito... Rogamos a Dios por su bendición y protección y entregamos nuestra suerte en sus manos. Pido a los párrocos de nuestras iglesias que toquen los campanarios para elevar una plegaria común a los cielos protectores en esta hora de gran desconcierto... Grrzzfjkkkkkk... Señoras y señores, acabo de recibir una nota informándome que desde el edificio de La Previsora, el más alto de la ciudad, se distingue una bola de llamas y humo avanzando hacia el centro de la capital...

Era el momento acordado para cortar la señal. Nada podría ser más atemorizante que la falta de información en esas circunstancias. Bajé a la calle, cubierta por neblina, pero no había dado ni cuatro pasos cuando escuché un gemido y distinguí un resplandor del otro lado de la calle. Fue en el mismo momento en que las campanas de la ciudad comenzaron a tocar al unísono. La invasión marciana funcionaba a la perfección; luego de que el arzobispo saliera al aire, el repiqueteo debía venir. Era apenas la respuesta de la comunidad eclesiástica a su llamado. En la calle podía sentir con más fuerza el pánico que se había tomado a Quito y a sus habitantes. Si se lo creían, cuando descubrieran la verdad, la rabia se despararraría sin control. Quería llegar a la estación antes de que eso ocurriera, pero el gemido era tan sostenido y angustioso que traspasé las sábanas de niebla para llegar al

resplandor. Eran unas niñas que se encontraban de rodillas sobre el empedrado, frente a una fila de velas. Una mujer, en un delgado salto de cama, se pavoneaba con nerviosismo detrás de ellas. Rezaban, quién sabe qué, y lloraban mientras la mujer subía y bajaba por la calle sin ninguna preocupación por su indumentaria ni por sus pechos al aire. Cuando empecé a alejarme, sobre los demás ruidos de la calle escuché unos pasos apresurados que venían hacia mí. Era un hombre con la mirada de un demente que se lanzó a los brazos de la mujer. Las niñas dejaron de rezar cuando su madre atravesó el espacio de la calle con un grito tan lleno de pánico que me tuve que detener. No recuerdo las palabras exactas ni qué decía cada cual, solo que ante la inminencia de la muerte, de la amenaza de desaparecer bajo un rayo marciano, las formas dejaron de significar algo. O habían descendido una muesca y dejaban de moverse bajo la superficie engorrosa del día a día. Allí, por donde ahora se desplazaba la ciudad, las palabras florecían crudas. Sin mañana nada tendría consecuencias: todo se volvía atterradoramente real. Tan real como la muerte. Volví a sentir un escalofrío en la espalda. Esa noche no terminaría bien. No había manera de que terminara bien. La mujer agarró a las dos niñas más pequeñas y, con el mismo agudo timbre de voz, les informó que el hombre que tenían en frente era su padre. Pudo decirles que volaban cerdos en el cielo o que los páramos se llenarían de nomeolvides a la vuelta de dos semanas porque el resultado habría sido el mismo. El concepto de padre se perdía bajo el chillido histérico de la mujer, bajo la mirada perdida del hombre y la imposible asociación entre esa madrugada y la alegría. La escena aún no se había

resuelto cuando apareció otra mujer que obvió al hombre, presumiblemente su marido, y se lanzó sobre los cabellos de la madre de las niñas para establecer un contrato que no había existido antes entre ellas. El hombre, que ahora las miraba con ojos vacíos, permanecía de espectador. No quedaba claro quién era la ofendida y cuál la ofensora. La madre, sin embargo, tenía un repertorio de reproches mucho más elaborado y ensayado. Los dejé ahí: las niñas llorando, las mujeres gritando, el hombre mirando. Escenas similares se sucedían por la ciudad mientras la cruzaba. Gente en camión arrastrando culpas por la calle, plegarias de resarcimiento, pedidos de clemencia por los pequeños actos delictivos del día a día. Esas palabras cruzando la ciudad eran ahora la verdadera invasión, las que lo volvían todo más oscuro e hiriente. Mientras bajaba por los caminos sinuosos de los barrios altos hasta la Plaza de Independencia vi cómo la respuesta sutil, tan propia de la ciudad, había cedido por completo al tajo cortante. Quito se había volcado a la calle y el sonido que producía era ominoso: como un organismo con múltiples fauces. Una vez frente a la estación intenté ingresar pero alguien había dado orden a los guardias de impedir el paso. Comenzaba a llegar gente y, quien sea que haya dado la orden, estaba en lo cierto. El aire húmedo apenas sostenía la rabia de los que comenzaban a rodear las instalaciones. Se escuchaban conversaciones dispersas y todas eran variaciones sobre el timo al que habían sido sometidos. Vi a uno de los montadores del periódico; estaba fumando un cigarrillo bajo un poste de luz y nada en él denotaba sorpresa. Tenía la cara de alguien que sabe que la realidad no desaparece porque uno deja de creer en ella.

Parecía saber que la delgada membrana que sujetaba la estructura de la ciudad se había disuelto y que sus más ácidos instintos ahora se mezclaban, disparados por una corriente de alta intensidad.

Cordobés pasó frente a mí; no se encontraba alterado. Lo seguí y, una vez frente a él, le pedí una explicación. No dijo nada pero se rio en mi cara y mientras se alejaba, casi como en un gesto amistoso, me advirtió que me fuera.

—En las instalaciones hay químicos inflamables —hizo una corta pausa—; cuando tiren la primera bomba, van a explotar.

Se me adelantó, porque no esperó a que le preguntara.

—Porque alguien lo va a hacer, pondría mi honra en ello.

La honra de Cordobés, vaya. Regresé a ver la estación donde, en el subsuelo, operaba la imprenta del periódico dueño de la radio y de inmediato escuché el estruendo de la primera explosión, antes de que las ondas expansivas me lanzaran contra el suelo. Cuando miré el edificio me pareció una caldera. Las esquirlas de los vidrios regadas por la calle reproducían las llamas y creaban el efecto siniestro de una ciudad asentada sobre un río de fuego. Cuando llegó el bramido del segundo estallido, se terminó de incendiar la noche y los techos de los alrededores se contagiaron del fuego.

* * *

Salí a buscar a Elías mientras la noche caía, la neblina se levantaba y las calles se vaciaban. No podía volver a

casa, no podía hacer nada de lo que rutinariamente hacía, así que cuando amaneció volví a la estación, o a lo que quedaba de ella. Cordobés seguía ahí. Su rostro era una pizarra sobre la que se podía trazar cualquier emoción a voluntad. Sus zapatos estaban tiznados de hollín, al igual que las bastas de sus pantalones. Caminaba entre los escombros como si buscara algo. Me acerqué y, al hacerlo, no sé de qué recóndito lugar irrumpió una superioridad moral que Cordobés aniquiló con solo ajustar los hombros. Le pregunté, sin embargo, por segunda vez, por qué lo había hecho.

—¿Qué? —me preguntó.

No sabía qué responderle. Había demasiadas cosas que desconocía, sobre todo el contorno del territorio por donde él se desplazaba. Así que lo miré y esperé. Esperé en vano porque no dijo nada, pero del otro lado de la calle reconocí a uno de los locutores de la noche anterior. Estaba derrumbado contra una pared, parecía tener una barba de tres días y su mirada era tan opaca como una fosa de alquitrán. Crucé la calle y apenas abrió la boca para decirme algo, arrojó fuera parte del alcohol que había consumido durante la noche y que debió cocinar su conciencia durante horas. Cuando terminó, me preguntó si había acabado. Su espíritu parecía pender de mi respuesta. Le pregunté que qué había terminado. Sin cambiar su expresión pero con una voz tranquila que desmentía su estado, dijo *todo*. Atiné a tomarlo por la cintura, levantarlo y jalarlo hacia un montículo de tierra donde por lo menos se vería libre del río de sus desechos. Nada terminó, le dije, y sentí que mi respuesta tomó un giro metafísico que la situación

no ameritaba. Se cubrió la cabeza. Tal vez tenía razón, lo que seguía era que el cielo se nos cayera encima. Luego la sacudió y, al hacerlo, pareció enfocar. Tanta claridad le disgustó. Fue como si con siete grados de dioptría se hubiera puesto un par de gafas por primera vez; eso no impidió que comenzara a hablar y que no parara ni cuando se levantó, ni cuando comenzó a caminar, ni cuando se sentó frente a una taza de café, ni cuando lo acompañé hasta la puerta de su casa. No tuve que preguntar nada. Me contó que a las nueve en punto comenzaron la transmisión y que luego de veinte minutos, cuando el locutor que personificaba al arzobispo hacía el pedido a las iglesias de la ciudad que tocaran sus campanarios, ocurrió algo inquietante: escucharon los campanarios de la ciudad, como habían pedido que sonaran. Me lo contó como si él fuera el único testigo de lo ocurrido y se volvió a tapar la cabeza con las manos. Recién pareció caer en cuenta de su papel y del mío en los eventos de la noche. Me pegó en el hombro, pero la fuerza de su puño tenía la consistencia de un huevo crudo y apenas lo sentí. No intenté evitarlo, quería que alguien me pegara, necesitaba acusar recibo de que no me lavaba las manos, de que parte de lo ocurrido era el directo resultado de lo que imaginé cuando escribí y monté la llegada de los marcianos a Quito. De no hacerlo me paralizaría, tanto por el sentimiento de culpa como por la falta de reconocimiento. Continuó: dijo que luego del toque de las campanas, Córdoba había jalado los cables y desconectado los micrófonos. Nadie protestó; al principio la bulla de la calle era tan ensordecedora que pareció arrullar el peligro. Solo que, después, el silencio se fue convirtiendo en una amenaza.

No sabía explicarlo. Comenzó a temblar de cansancio y miedo y me pidió un cigarrillo para poder continuar. No volvió a hablar hasta que terminó de fumar. Cuando lo hizo, dijo que al darse cuenta de lo ocurrido, el cerebro le empezó a operar con ondas de ruido blanco. Miró cómo el edificio de la radio se calcinaba sin que los bomberos intervinieran para impedirlo, sin que la policía o los militares intentaran detener a los que lanzaban las bombas incendiarias y piedras, y perdió la cuenta de cuántas botellas de aguardiente bebió hasta que cayó sobre el metro cuadrado de acera donde lo había encontrado. Cuando lo dejé frente a su casa, luego de recorrer a pie buena parte de la mañana, me tomó de los hombros y me preguntó si todo iba a estar bien. Sin ningún tipo de inflexión en la voz y mirándolo como si en realidad no estuviera allí, como si lo que hiciera fuera responder a la pregunta que yo no había llegado a formularme, le respondí que no, que nada iba a estar bien. Y con esas siete palabras lo dejé apoyado contra la puerta de su casa y me fui.

* * *

Cuando dieron a conocer la lista de los que habían muerto la noche de la transmisión, el nombre de Elías apareció en ella. Lo encontraron entre los cuerpos calcinados y los aceros retorcidos de la imprenta como un daño colateral más y pensé en Cordobés revolviendo los escombros frente a la radio. Pensé en ir a la policía, pensé en hacer una denuncia y luego pensé que en el minuto en que acepté relatar el encuentro de box, había perdido el derecho a hacerlo. Me encerré en mi casa con los bolsillos

llenos de dinero y no salí en dos semanas, esperando que llegara la policía a buscarme. Pero pasó algo extraño: el silencio se apoderó de la ciudad. Solo podía imaginar que si se reconocía la estafa, también se reconocía que las confesiones, las traiciones, la vulnerabilidad, el asedio, la turba y las muertes ocurrieron. Y reconocer eso era inadmisible. Nadie iba a insistir demasiado en buscar culpables o aclarar los hechos. ¿Para qué? Nadie me vino a buscar, por lo menos no la policía. Pero sí otras radios, aunque no acepté sus ofertas. Gasté parte del dinero que había guardado en los últimos meses en un entierro para Elías y con el resto compré un billete de avión. Puse toda la plata que tenía sobre el tablero de una agencia de viajes y le pregunté a la mujer que me atendió hasta dónde podría llegar con esa cantidad. Tomó un globo terráqueo y lo giró, me dijo que lo parara donde yo quisiera. Que hasta allí podría llegar.

Cerré los ojos y puse el dedo sobre la esfera. Cayó sobre Venezuela.